

DESEMPOLVANDO MIEMBROS ANCENTRALES

Jorge Torres

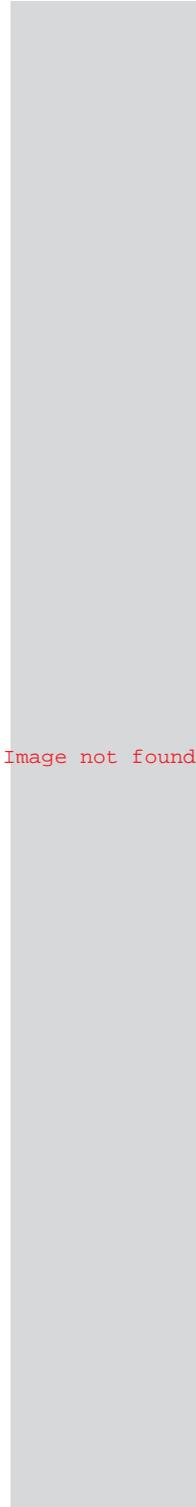


Image not found.

Capítulo 1

DESEMPOLVANDO MIEMBROS FUNDACIONALES

D'onde Lapongó

En esta primera colección de grandes de la historia mundial, recordaré y quizás hare recordar la casi desconocida presencia de D'nde Lapongó por estas costas bonaerenses. Corrían los finales del siglo XV cuando en el viaje fundacional de Juan de Garay, llegara a nuestro territorio el joven Lapongó , refugiado en uno de los navíos de la flotilla del hidalgo don Juan como un polizón de entre tantos que abordaran las carabelas en una parada de abastecimiento en la ciudad africana de Cabo Grande.

Al tiempo de zarpar de las costas africanas el joven D'nde Lapongó, de Cabo Grande fue descubierto por la comandancia y dado su físico portentoso y su vivacidad y astucia, prontamente fue asimilado a la tripulación mientras que paulatinamente se iba ganando la simpatía y confianza de Juan de Garay, que de a poco lo iba integrando en su colonial proyecto.

Una vez ya asentada la colonia en la insipiente Buenos Aires, como es de suponer todo fue un descubrir, una sucesión interminable de asombros emparejadas con alguna frustración sazónada con una alta dosis de ignorancia.

Recordemos, que todavía en Europa se ponía en discusión la esfericidad de la tierra, tratando de aplanarla a decretos eclesiásticos que incluían al hombre como centro del universo. Imaginemos la época y tratemos de ponernos en la piel del europeo de ese siglo, descubriendo estas tierras. En un nuevo esfuerzo imaginativo tratemos de adivinar los ojos del joven D'nde al avizorar las interminables extensiones de arena que descubriera en su primera expedición asignada a estas costas. El brillo del cielo se refractaba en la retina del joven con la claridad del más fino cristal y el fulgor de la arena lo encandecía y maravillaba con su embrujo, mientras el tiempo parecía no transcurrir. Su cabeza no llegaba a comprender si el mundo en el que estaba era plano o esférico, si solo se trataba de un huevo cascado en una mesa o una bola transportada por tortugas. Lo que si empezaba a intuir es que aquel espectáculo no era otro que el maravilloso espectáculo en el cual el tiempo se originaba, que aquella maravilla descubierta no podía ser otra cosa que el gigantesco reloj de arena regidor universal de todos los tiempos habidos y por haber.

De regreso de la campaña, no pudo soportar el ansia de reunirse con los sabios que el hidalgo había podido convencer para que lo acompañaran al nuevo mundo. Así fue que una vez reunidos ante la presencia de sabios e hidalgos el joven D'nde Lapongó dio a conocer su maravilloso hallazgo. Un gigantesco reloj de arena varado en las playas de un enorme océano. El descreimiento se manifestó en la multitud reunida siendo objeto de burlas, quizás la insolación le hubiera jugado una mala pasada el moreno polizón. Desde Europa , los reyes católicos ordenaron no divulgar la noticia pues el control del tiempo del mundo solo era una potestad divina

y no podría nunca estar en manos de los hombres.

Pero aún así. En una misión que bien sabía Juan de Garay que al joven le costaría la vida, le asignó un grupo de personas mal entrenadas y una escueta partida presupuestaria con la concreta misión de no regresar hasta encontrar y dar prueba fehaciente del agujero por el cual debería escurrirse la arena para marcar el avance del tiempo en ese hipotético reloj, rubricada en un decreto monárquico.

Los siglos pasaron, la bruma de la ignorancia de esos siglos se fue disipando hacia nuevas ignorancias, pero del joven D'nde nunca jamás nadie ha oído hablar, al punto que aquel entusiasta muchacho llegado a estas costas oriundo de Cabo Grande, llamado D'nde Lapongó fuese borrado de los anaqueles de la historia. De hecho la historia hoy día lo desconoce totalmente, solo nos ha dejado una indudable huella genética que se expresa y se exalta en los jóvenes (y no tan jóvenes) de la hoy gran urbe, cuando exactamente en la época del año en la que el otrora muchacho D'nde partiera hacia su última travesía emprenden un masivo peregrinar hacia estas costas en pos de pasar un tiempo bajo este sol retozando en la arena y porque no, ser ellos los afortunados descubridores que encuentren el orificio perfecto que calme sus ansias al menos por esta temporada. Y, si por uno de esos avatares de la vida, no consiguen hallar tal paradigmático agujero, por favor tengan a bien regresar a sus lugares de orígenes, comprendan que vuestros tiempos no son los mismos que los tiempos de los residentes del lugar, que ustedes basan su existir ávidos de relojes mientras los residentes contamos con el tiempo del mundo, además por suerte todos los decretos monárquicos que no permitían vuestro retorno sin haber hallado el dichoso orificio han sido abolidos hace siglos